

LA RELATIVIDAD DE PERSPECTIVAS EN LA GUERRA DEL FIN DEL MUNDO

Patricia G. Montenegro

Estamos frente a un campo de batalla donde ya no es posible reconocer entre el enemigo y el aliado. Dos ideologías fundamentalmente se oponen creando un conflicto. Tan pronto como una figura mitificada se despliega ante nuestros ojos, surge otra de igual magnitud y nos neutraliza los efectos de la anterior. Los argumentos esgrimidos por un partido son tan válidos como los que defiende el lado opuesto. Personajes que trabajan bajo una institución pasan, sin el menor menoscabo, al órgano de la facción contraria. Los principios que habían sustentado la vida y acciones de un protagonista de pronto se desmoronan trayendo consigo la explotación del otro. Un orden se levanta contra otro negándolo. Ya no hay víctimas, porque las mismas acciones perpetradas por el verdugo las reproduce en otro momento el sacrificado.

Colocado en diferentes posiciones, llevado y traído por los distintos juicios de las partes, de alguna manera involucradas en la matanza de Canudos, el lector, junto con el narrador, va tomando varias perspectivas. Su juicio le es suspendido al principio, después que se ha visto sometido a la diversidad de posturas y a la identificación con los personajes. Más tarde, sin embargo, le es posible recapitular, alejándose del texto para asumir o afirmar una posición ante el tinglado de confusiones en *La guerra del fin del mundo* (1981) de Mario Vargas Llosa.

Una misma historia, narrada por dos escritores, produce efectos disímiles. Euclides Da Cunha, en su versión, *Os sertões* (1902), sigue una trayectoria lineal de los hechos. Con el propósito de ser objetivo nos presenta las dos caras de la moneda en el conflicto de Canudos, una rebelión de fanáticos religiosos encabezados por Antonio Consejero que postulan principios opuestos a los de la República brasileña en 1896¹. Da Cunha, a pesar de identificarse con los republicanos, con quienes viaja en la expedición, termina su libro, *Os sertões*, reconociendo también la locura fanática de éstos: “Y es que todavía no existe un Maudsley

-
1. Euclides Da Cunha. *Los sertones*, trad. Benjamín de Garay, 2 Vols. (Buenos Aires: Biblioteca de Autores Brasileños Traducidos al Castellano, 1938). La fecha se refiere a un documento donde se reconoce oficialmente el conflicto de Canudos y la necesidad de una intervención oficial.

para las locuras y los crímenes de las nacionalidades. . .”². Y aunque aquí equipara la locura de Antonio Consejero con la del estado, concede un párrafo colocándose a favor de los yagunzos:

Pero el jagunço no estaba azeado a la lucha regular. Fuera hasta demasía de frase caracterizarlo enemigo, término extemporáneo, raro eufemismo suplantado al de “célebre bandido” de la literatura marcial de las órdenes del día.

El lugareño defendía el hogar invadido, nada más. Mientras los que le amenazaban permanecían distantes, cercábanlos de celadas que le obstaban el paso. Pero cuando ellos, al cabo, llamaron a sus puertas, y las derribaron a culatazos, aventósele, como único expediente, la resistencia a pie firme, afrontándolos cara a cara, obligado a la preocupación digna de la defensa y al noble compromiso de la revancha³.

Con Da Cunha pasamos sólo de un bando a otro; el de los yagunzos o el de los republicanos. En total, serían tres las perspectivas que obtenemos del enfrentamiento al final de su obra: las dos ya mencionadas y una tercera, la del autor. En cuanto a los ideales que mueven a uno y otro grupos, Da Cunha se mantiene alejado. Para él son tan fanáticos los yagunzos arrastrados por Antonio Consejero, como los republicanos guiados por el patriotismo: “La pasión patriótica lindaba, corrompida, en la insania”⁴. Y al referirse a Canudos, la sede de los yagunzos, expresa: “Era la materialización de aquella locura inmensa”⁵. El final de la guerra le permite asumir una última posición, la misma que nos llevamos los lectores, capaz de conmovernos por la compasión y, paradójicamente, por la admiración que nos provoca el desenlace visto por Da Cunha:

Cerremos este libro.

Canudos no se rindió. Ejemplo único en toda la historia, resistió hasta el agotamiento completo. Expugnado palmo a palmo, en la precisión integral del término, cayó el día 5, al atardecer, cuando cayeron sus últimos defensores, que todos murieron. Eran cuatro apenas: ¡un viejo, dos hombres y un niño, frente a los cuales rugían rabiosamente cinco mil soldados!⁶.

No sucede lo mismo con la historia contada, esta vez, en 1981, por Vargas Llosa. En un intento numérico-literario, reproduce y multiplica las perspectivas, no sólo desde las plataformas ideológicas de dos órdenes sociales, sino desde los

2. Da Cunha, p. 403, Vol. 2 El nombre de Maudsley que al hablar de ciertas conductas anormales se refiere a una posición media o línea ideal imposible de trazar entre el buen sentido y la locura, aparece en las primeras páginas del volumen 1. Siguiendo a Maudsley, Da Cunha considera que A. Consejero está en “las fronteras oscilantes de la locura”. Pero la locura del estado no le parece menos condenable.
3. Da Cunha, p. 231, Vol. II.
4. Da Cunha, p. 105, Vol. II.
5. Da Cunha, p. 259, Vol. I
6. Da Cunha, p. 401, Vol. II

intereses de los afectados como el Barón de Caña Brava⁷, los puntos de vista del periodista miope y otros personajes conectados ya sea voluntaria o accidentalmente con la contienda de Canudos. El relato queda así fragmentado por estas visiones diversas; a medida que avanzamos se ramifican, se distienden y dispersan entremezclándose mientras mantienen un tronco común: el conflicto en torno a Canudos.

Escrita en 1901 y publicada en 1902, la historia de Da Cunha, *Os sertões*, presenta ya una estructura que podría sugerir el resquebrajamiento desarrollado por Vargas Llosa en su versión, *La guerra del fin del mundo*. En *Os sertões*, a partir de la sección titulada “La lucha”⁸, encontramos fragmentos dedicados a los sucesos de Canudos alternándose con otros sobre las maniobras del ejército republicano; dos de los subtítulos pueden ilustrarlo respectivamente: “En los flancos de Canudos”⁹ y “La brigada Girard”¹⁰. Vargas Llosa, sin embargo, retoma la historia de Da Cunha y la fracciona aún más insertando otras perspectivas, la extrapola en espacio y tiempo, volviéndola contemporánea. *La guerra del fin del mundo* representa no sólo la tragedia de Canudos sino la situación actual latinoamericana. Incluso, se podría decir, por el título, que se refiere también al mundo, dados los rasgos de las circunstancias descritas por el Barón de Cañabrava, coincidentes con la inestabilidad política de muchos países en la actualidad:

Evitemos que la República se convierta aquí, como en tantos otros países latinoamericanos, en un grotesco aquelarre donde todo es caos, cuartelazo, corrupción, demagogia. (332)

—Todas las armas valen —murmuró—. Es la definición de esta época, del siglo veinte que se viene, señor Gall. No me extraña que esos locos piensen que el fin del mundo ha llegado. (242)

La extrapolación conlleva, además, esa red de multiplicidad de puntos de vista. La presencia de dos grandes bloques enfrentándose en Canudos se torna difusa, se divide y subdivide, se individualiza, se reproduce, retorna y progresa, sin permitirnos una concepción totalizadora de la historia narrada. Algunas de las técnicas de fragmentación usadas por Vargas Llosa en *La guerra del fin del mundo*, se pueden analizar de acuerdo con la explicación de Michel Foucault por la mutación en la historia de las ideas, el pensamiento y las ciencias que:

ha puesto en duda las posibilidades de totalización. Ha traído la individualización de series diferentes, que se yuxtaponen, se suceden, se encabalgan y se entrecruzan, sin que se las pueda reducir a un esquema lineal¹¹.

7. Este personaje representa los intereses de los terratenientes bahianos y el régimen monárquico derrocado por la república brasileña.

8. Da Cunha, p. 297, Vol. I.

9. Da Cunha, p. 408, Vol. I.

10. Ibidem.

11. Michel Foucault, *La arqueología del saber*. (México: Siglo Veintiuno Editores, 1979), 7a. ed., p. 12.

Precisamente estos procesos de encabalgamiento, sucesión, entrecruzamiento y yuxtaposición, se dan en la novela de Vargas Llosa por las rupturas espacio-temporales que nos impiden establecer un esquema lineal de la narración de los hechos. Esta es una de las diferencias fundamentales entre la misma historia contada por Da Cunha y por Vargas Llosa. Para Da Cunha, aunque también usa una forma de fragmentación, los hechos siguen una trayectoria lineal, cronológica y determinista, mientras que para Vargas Llosa, los sucesos presentan una discontinuidad cronológica y espacial¹². En la sección IV del capítulo cuarto de *La guerra del fin del mundo* cuando hablan el periodista miope y el Barón de Canabrava, éste se refiere a la historia en pasado, después que ha sucedido el exterminio de Canudos: "Historia de locos --dijo entre dientes--. El Consejero, Moreira César, Gall. Canudos enloqueció a medio mundo" (434). En las secciones siguientes, sin embargo, la guerra entre yagunzos y republicanos continúa. Es posible leer y llegar al fin de la historia antes de su desenlace, porque la visión o visiones de ésta cuentan más que los acontecimientos. La importancia que se le da, puede ser una de las razones que nos explique la multiplicidad de tantas perspectivas en la novela. Las perspectivas de los hechos tienen más peso que éstos; los modifican, los controlan, los distorsionan.

Marginados de la sociedad brasileña, los yagunzos construyen su propia comunidad y junto con ésta, sus leyes en contra de las instituciones que los han oprimido, según lo reporta Galileo Gall:

Pueden creer disparates, ingenuidades, tonterías. No importa, no importa lo que hacen. Han abolido la propiedad, el matrimonio, las jerarquías sociales, rechazado la autoridad de la Iglesia y del Estado, aniquilado a una tropa. Se han enfrentado a la autoridad, al dinero, al uniforme, a la sotana (97).

En este párrafo se pueden observar ya dos perspectivas: una pertenece a los yagunzos, la otra, a Galileo Gall. A través de las acciones de los yagunzos, enumeradas por el periodista revolucionario anarquista, Galileo Gall, sabemos cual es la visión de éstos respecto de la *Iglesia* y del *Estado*. Galileo Gall deja a un lado su ideología sumándose a una rebeldía sin nombre:

En última instancia, los nombres no importaban, eran envolturas, y si servían para que las gentes sin instrucción identificaran más fácilmente los contenidos, era indiferente que en vez de decir justicia e injusticia, libertad y opresión, sociedad emancipada y sociedad clasista, se hablara de Dios y del Diablo (256).

Identificamos su ideología anarquista por medio del uso de términos como *opresión*, *sociedad emancipada* y *clasista* en su discurso donde su perspectiva se encabalga a la de los yagunzos, tal como si fuera una técnica de sobreimpresión televisiva o cinematográfica, por la cual una imagen se impone a otra sin que ninguna de las dos sobresalga.

12. Michel Foucault, ob., cit., p. 13 La discontinuidad, nos dice, "ha llegado a ser uno de los elementos fundamentales del análisis histórico".

En contraste y en relación articulada al conflicto de Canudos, también se nos abre la perspectiva del Coronel Moreira César. Su discurso en defensa de la República se bifurca frente a dos opositores peligrosos para ésta: los yagunzos en Canudos y la Monarquía representada por el Barón de Cañabrava:

Para eso está el Ejército. Para imponer la unidad nacional, para traer el progreso, para establecer la igualdad entre los brasileños y hacer al país moderno y fuerte. Vamos a remover los obstáculos, sí: Canudos, usted, los mercaderes ingleses, quienes se crucen en nuestro camino. No voy a explicar la República tal como la entendemos los republicanos (213).

En esta circunstancia del diálogo de Moreira César, el Barón, a quien se refiere el *usted*, y Canudos, dos elementos de series con intereses desiguales, quedan yuxtapuestos, pero subsumidos en la perspectiva del Coronel que los identifica sin distinción bajo el concepto de enemigos de la República. Nuevamente, pero ahora en el discurso de Moreira César, se da un encabalgamiento que curiosamente es de carácter conceptual; una visión sobre otra. La República, en cuanto sistema político con una ideología propia, se puede entender como una perspectiva de la realidad organizada y dirigida por ciertos principios. A esta perspectiva como concepción, se monta otra, específica, particular, concreta, la de los republicanos. No es la *República* en su sentido abstracto sino práctico, en la afirmación de Moreira: *tal como la entendemos los republicanos*. El poder de las palabras se manifiesta en esta frase, pues estos republicanos se han apropiado de la capacidad de interpretar, se adjudican el privilegio de entender la *República* por pertenecer a ella. La distinción del otro, su exclusión, el separatismo radica en el discurso mismo. Pero, además, el poder que éste detenta no podría ser ejercido si no dispusiera de fuerzas militares, por eso Moreira César las menciona al principio del párrafo: *Para eso está el ejército*.

El discurso de Moreira César encierra, además, un código de creencias —*para traer el progreso, para establecer la igualdad entre los brasileños y hacer al país moderno y fuerte*— que justifican la existencia e intervención del ejército. Uno de sus conceptos clave es la igualdad para terminar con las diferencias de quienes se hallan en el exterior, no del territorio, sino fuera de la ideología institucionalizada por la República, según la entienden los republicanos en el poder. De aquí que en otra sección, la voz narrativa, refiriéndose a los yagunzos, ve el conflicto en términos de exterioridad e interioridad:

La guerra que ellos libraban era sólo en apariencia la del mundo exterior, la de uniformados contra andrajosos, la del litoral contra el interior, la del Nuevo Brasil contra el Brasil tradicional. (114)

Vargas Llosa recurre a los mismos términos de M. Foucault cuando éste explica en qué consistió la exclusión de los locos en la nave de la locura (“Stultifera Navis”); y sobre el loco dice: “Se le coloca en el interior del exterior e inversamente”¹³. Los yagunzos están en el interior de Canudos que representa el ex-

13. Michel Foucault, *Madness and Civilization: A History of Insanity in the Age of Reason*. (New York: Random House, Inc., 1965), p. 11 La traducción es mía.

terior de la República; cambiando de posición, Canudos está en el exterior si se habla desde la República como interior. Se excluye a los yagunzos *andrajosos* del mundo de los *uniformados*; en este sentido, dentro de la novela de Vargas Llosa, están en el exterior.

Otras dos pantallas se encienden ante las figuras que encabezan a los yagunzos y a los republicanos. A cada cual le asigna Vargas Llosa una terminología propia del orden en que se mueven. Cada orden constituye en sí una serie con sus signos que guardan una afinidad entre sí y muestra las diferencias respecto de la otra. Antonio Consejero y Moreira César tienen en común el ser productos de una mitificación, se diferencian porque provienen de esferas sociales y de marcos ideológicos dispares. Vargas Llosa describe la visión de la gente sobre Antonio Consejero como sigue:

Cuando el hombre partía, se hablaba de él: que era santo, que había hecho milagros, que había visto la zarza ardiente en el desierto, igual que Moisés, y que una voz le había revelado el nombre impronunciable de Dios² (17).

La terminología acarrea una mitificación de tipo religioso con referencias explícitas a la Biblia. Narrado en un tiempo indefinido, como son los verbos en imperfecto, *partía* y *hablaba*, el contexto que circunda al Consejero nos lo presenta como un ser sobrenatural. Si a esto se le añade el sustantivo *santo* y la comparación con una figura bíblica, *Moisés*, legitimada por la doctrina cristiana, más las obras de carácter prodigioso, *había hecho milagros*, y el ser depositario de los misterios divinos, *una voz le había revelado el nombre impronunciable de Dios*. obtenemos la imagen de un hombre excepcional, único, sobresaliente. Algo semejante ocurre con el personaje de la oposición, Moreira César:

Gritos y aplausos reciben la aparición en la escalinata del tren —las ventanillas están atestadas de soldados con fusiles— del Coronel Moreira César. Vestido con uniforme de paño azul, botones, espuelas doradas, galones y ribetes encarnados y espada al cinto, el coronel salta al andén. Es pequeño, casi raquítico, muy ágil. El calor abochorna todas las caras pero él no está sudando. Su endeblez física contrasta con la fuerza que parece generar en torno, debido a la energía que bulle en sus ojos o a la seguridad de sus movimientos. Mira como alguien que es dueño de sí mismo, sabe lo que quiere y acostumbra mandar (143).

Pasamos ahora a otro campo, donde por supuesto, el *uniforme* con sus aplicaciones, *botones*, *espuelas doradas*, *galones* y *ribetes encarnados* y *espada al cinto*, anuncian el orden y la rigidez de un sistema militar representado por el Coronel. A éste, le confiere Vargas Llosa, siguiendo a Da Cunha, las características de *pequeño* y *raquítico* —en un estilo realista— para que resulte creíble en cuanto a héroe que se enfrenta a obstáculos y debilidades difíciles de vencer. Pero si ha de ser admirado, debe contar con cualidades positivas para contrarrestar las negativas, por eso Vargas Llosa lo describe como *muy ágil*. Comparado con el Consejero, también es único, sobresale entre lo común; mientras *El calor abochorna todas las caras, él no está sudando*. A diferencia de la santidad del Consejero, Mo-

reira César tiene la *energía* y la *seguridad de movimientos* adecuados para su profesión militar. Como el Consejero, es un líder con carisma, lo vemos admirado entre gritos y aplausos.

La primera y la tercera secciones del primer capítulo, dedicados a la descripción del Consejero y de Moreira César respectivamente, funcionan estructuralmente como una técnica de equilibrio entre la fuerza de ambos. Vargas Llosa les concede un valor parecido en cuanto a figuras mitificadas; uno como santo, el otro como líder militar. Su importancia se relativiza conforme a la ideología y al campo dentro del cual se mueve cada uno. Para el lector, ninguno de los dos tiene más peso que el otro; son similares en sus diferencias. Los ideales de uno y otro son motivo y justificación para sostener la lucha de Canudos. Entre ambos lados, el lector se distiende sin poder inclinarse a favor de ninguno. No extraña que el Barón de Cañabrava, un personaje anacrónico en la época republicana de los hechos, se pase ante una realidad a la cual no pertenece y le resulta difícil entender: “Los tiempos se han vuelto confusos, mi querido José Bernardo —sonrió el Barón de Cañabrava—. Ya ni las personas inteligentes se orientan en la selva en que vivimos” (185).

El contenido de las palabras del Barón, se puede observar en la forma como Vargas Llosa utiliza el lenguaje dentro de un reporte periodístico que informa sobre las disputas ideológicas de dos partidos. Selvático. Así se podría denominar el estilo en la sección II del capítulo dos. Aquí se enfrentan el Partido Republicano Progresista y el Partido Autonomista de Bahía. Los respectivos representantes defienden sus intereses en frases que se suceden, se yuxtaponen, se encabalgan y se entrecruzan en párrafos de larga extensión; el siguiente es sólo un extracto:

El Excmo. Sr. Diputado Don Dantas Horcadas dijo que el patriotismo lo autorizaba a él y a cualquiera a arrastrar por el lodo a quienquiera se dedicara a fabricar lodo, es decir, a atizar rebeliones restauradoras contra la República y en complicidad con la pérfida Albión. El Excmo. Sr. Diputado Don Lelis Piedades dijo que la prueba más rotunda de que el Barón de Cañabrava no tenía la más mínima intervención en los sucesos provocados por los desalmados de Canudos era el hallarse ya varios meses alejado del Brasil. El Excmo. Sr. Diputado Floriano Mártir dijo que la ausencia, en vez de exculparlo, podía delatarlo, y que a nadie engañaba semejante coartada pues todo Bahía era consciente de que en el Estado no se movía un dedo sin autorización u orden expresa del Barón de Cañabrava (134).

Las ideas de los autonomistas y de los republicanos se entrecruzan a través de un argumento usado por ambos: la *ausencia* del Barón. Los autonomistas, por medio de su representante, Don Luis Piedades, recurren al argumento de la ausencia como prueba negativa de la intervención del Barón en Canudos. A esta defensa sucede la entrada de Floriano Mártir quien lo invierte exponiéndolo como prueba positiva de su culpabilidad: *la ausencia, en vez de exculparlo, podía delatarlo*.

Un mismo hecho adquiere significados opuestos según la interpretación de cada partido o de cada persona. Esto último sería el caso de la relación entre Jurema y su esposo Rufino, destruida por Galileo Gall. Mientras Rufino se halla fuera del pueblo, Galileo Gall, quien estaba hospedado en su casa, se enfrenta a dos hombres que vienen a matarlo, pero los aniquila. Asustada, Jurema se acerca a él y éste, después de 10 años de abstención sexual, la viola. Jurema sabe que su mundo de absolutos ha sido quebrantado y sin dejar de vivir en él, pues se entrega al absoluto de la deriva, deja su casa para seguir a Galileo Gallo que va en busca de Canudos. A su vez, cuando Rufino se entera de lo sucedido, no le ve otro propósito a su vida más que vengar su honor matando a Galileo Gall. Lo que para Rufino y Jurema es un principio absoluto de existencia, carece de valor para Galileo que no comprende cómo un acto puede destruir definitivamente una relación:

—Al que le toca matarte es a Rufino— susurró Jeruma, sin odio, como explicando algo muy simple—. Matándote le habría hecho más daño que el que tú le hiciste.

Eso es lo que no entiendo, pensó Gall. Habían hablado otras veces de lo mismo y siempre quedaba él en tinieblas. El honor, la venganza, esa religión tan rigurosa, esos códigos de conducta tan puntillosos ¿cómo explicárselos en este fin del mundo, entre gentes que no tenían más que los harapos? La honra, el juramento, la palabra, esos lujos y juegos de ricos, de ociosos y parásitos ¿cómo entenderlos aquí? (222)

Por medio de este episodio, Vargas Llosa contrapone dos modos de vida totalmente incompatibles; así como para Galileo Gall el honor no tiene sentido, para Jurema y Rufino, el anarquismo de Galileo y su entusiasmo por unirse a los yagunzos, son absurdos. Cada parte podría representar un microcosmos de culturas con valores diferentes que se tocan irrumpiendo mutuamente en sus ejes hasta provocar el desequilibrio de la otra. Por otro lado, la violación puede sugerir también esa transgresión de normas que atenta contra la estabilidad de cualquier cultura. Es el hecho por el cual se intersectan Jurema y Rufino con Galileo Gall y a través del cual se ponen de manifiesto las interpretaciones de ambas partes. Nuevamente, el lector queda colocado ante una disyuntiva irresoluble, para la cual una posible respuesta se nos ofrece con la actitud de Jurema hacia el periodista miope dentro de Canudos, pero no perdura, porque el mundo de los yagunzos tampoco logra sobrevivir.

La cuestión de las perspectivas que han ido entretejiéndose se acentúa aún más en ese personaje que, paradójicamente es periodista miope y, cuando más necesita de sus ojos —instrumento imprescindible de su trabajo—, no los puede usar. En un principio, trabaja para el diario del Barón de Cañabrava, después se pasa al de la oposición de Epaminondas Gonçalves que le pregunta:

¿Está usted más contento trabajando conmigo que en el periódico del Barón? —le pregunta su jefe, a boca de jarro—. Ya sé que aquí gana más que en el Diario de Bahía. (139)

Resulta significativo que Vargas Llosa lo haga perder la vista temporalmente junto a los yagunzos, en medio de la ceguera y del fanatismo religioso de éstos para darle una nueva perspectiva:

Alto, alto —grita, poniéndose los anteojos, viendo un mundo trizado, resquebrajado, puntillado—. No veo nada, les suplico. Siente en su mano derecha una mano que sólo puede ser —por su tamaño, por su presión— la de la mujer descalza. Tira de él, sin decir una palabra, orientándolo en ese mundo de pronto inaprensible, ciego (327).

Los anteojos, artefacto que proviene de la parte tecnológica del Nuevo Brasil, ya no le sirven de nada; a través del cristal del progreso sólo alcanza a ver un mundo *trizado, resquebrajado, puntillado*, ya no puede desempeñar una función en el mundo tradicional de los yagunzos en el cual los ojos no se necesitan para ver lo espiritual.

En el miope se encabalgan tres perspectivas de una realidad según las circunstancias del espacio y tiempo en que se mueve. Primero vio el mundo con los ojos de los autonomistas, después, con los de los republicanos y al final, con los del amor de la *mujer (Jurema) descalza que tira de él sin decir una palabra, orientándolo*. Entre el miope y el lector hay un cierto paralelismo. Así como él ha adquirido varias perspectivas y encuentra orientación en el amor de la última, que además se le ofrece *sin decir una palabra*, al lector se le propone la misma respuesta. El mensaje no es discursivo, sino mudo, sucede en el mundo utópico de los yagunzos dentro de los confines de Canudos. Esta es la solución para un universo donde cada quien tiene razones para ejercer su poder con posibilidades de aniquilar al otro justificándose en su propia perspectiva. Por eso, Vargas Llosa incluye actos de injusticia, como el del Sargento Fructuoso y el del soldado Corintio, neutralizando las razones de ambos que ejercen su poder cuando las circunstancias les dan la oportunidad. Fructuoso, abusando de la autoridad que le confiere su puesto de Sargento, sostiene relaciones con Florisa, la esposa de uno de sus soldados:

“O te acuestas conmigo, Florisa, o Corintio se queda todas las semanas con castigo de rigor, sin derecho a visitas”. Florisa resistió un mes; cedió para ver a Corintio, al principio, pero ahora, cree Fructuoso, se sigue acostando con él porque le gusta. Lo hacen en el mismo rancho o en el recodo del río donde ella va a lavar. Es una relación de la que Fructuoso se ufana cuando está borracho. ¿Sospechará algo Corintio? No, no sabe nada. ¿O se hace, pues qué puede hacer contra un hombre como el Sargento que es, además su superior? (388)

Cuando la situación cambia en medio del combate y el Sargento se halla herido y en desventaja respecto de Corintio, su subalterno, las jerarquías militares se desvanecen dando un vuelco. El poder pasa ahora a las manos del soldado Corintio que lo utiliza como venganza contra la impotencia de su víctima, el Sargento Fructuoso:

Claro que te reconozco, Corintio —ruge—. Qué esperas, idiota. ¡Sácame esto de la barriga ¡ ¿Qué haces, Corintio? ¡Corintio!

El marido de Florisa está hundiéndole la bayoneta en el pescuezo ante la mirada asqueada del otro, al que Fructuoso Medrado también identifica: Argimiro. Alcanza a decirse que, entonces, Corintio sabía. (393)

Entre las figuras del Sargento Fructuoso y el soldado Corintio, existe una gran desproporción. Mientras que el primero, colocado dentro de una jerarquía militar, representa un poder sistemático continuo, el poder al que recurre Corintio es solamente circunstancial, debido a la batalla, razón por la cual sus actos no son equiparables. Su conducta sólo tiene sentido dentro de un sistema de honor que para el Sargento —así como para Galileo Gall el comportamiento de Rufino— es vano. En cuanto a Florisa, como no está circunscrita a la fuerza militar, el Sargento, no obstante, por medio de la subordinación de Corintio dentro del ejército, la somete a su poder e indirectamente la incorpora al estado patriarcalmente. La creación de estos personajes funciona como una microrrepresentación de las dos facciones que se enfrentan en Canudos. A pesar de que los yagunzos disponen de un cierto poder —el conocimiento de los desiertos del Sertón— no cuentan con la misma fuerza material que el ejército republicano; ni en armamentos, ni en cuestión numérica. Esto es palpable en la última escena del libro de Da Cunha, donde 5,000 soldados se encuentran con 4 sobrevivientes de Canudos. No así en el de Vargas Llosa que pone a dos grupos en confrontación como si fueran equivalentes. Para ello iguala las imágenes descriptivas del Coronel Moreira César con la del Consejero, excepto que la de éste se limita al terreno de lo mítico dentro de un orden espiritual, en cuanto que la de Moreira César, además de lo mítico en la esfera militar, abarca también un espacio material debido a los recursos de que dispone. Ello no significa que dos fuerzas de órdenes distintos no se enfrenten en la realidad y que cuando esto sucede no se pueda representar literariamente. El problema reside en que Da Cunha registra una historia y expone las consecuencias de las desventajas en el saldo final de la masacre de Canudos, creando en el lector una conciencia de la injusticia cometida contra los yagunzos, a diferencia de Vargas Llosa que recuenta y recrea la historia, pero deja perderse el hecho disolviéndolo entre las múltiples perspectivas de su novela. Esto mismo ocurre con la ausencia del Barón de Cañabrava y la violación de Jurema que son otras dos microrrepresentaciones de la matanza: en el primer caso, el hecho se reduce a las interpretaciones según los intereses de los republicanos o de los autonomistas; en el segundo, la violación de Jurema pierde importancia al evaporarse en las concepciones de Galileo Gall y de Rufino.

El montaje narrativo de series que se yuxtaponen, se suceden, se encabalgan y se entrecruzan, produce el efecto de darle más importancia a las perspectivas, es decir, a lo ideológico. Sin embargo, todas las perspectivas, menos una, quedan niveladas al neutralizarse. Podría ser que la solución o la esperanza se encontrara en la actitud de Jurema, al ser ella la orientación del periodista miope después de haberlo perdido todo y ser capaz aún de un rasgo generoso; lo malo es

que Canudos, ese mundo donde la actitud de Jurema fue posible, queda exterminado. ¿Entonces? Una última visión que sobresale entre todas las demás, sin ser neutralizada y que conoce la historia desde casi todos los ángulos, interpretándonosla y extrapolándola al siglo XX, como Vargas Llosa, es la del Barón de Cañabrava. ¿Significa esto que Vargas Llosa, como el Barón, se ha quedado rezagado en una visión anacrónica? ¿Es que el fin del mundo es el fin de su propio mundo?